

PINCELADAS DE BASCONIA



EL ANGELUS DE LAS MONTAÑAS

(A CONCHITA MANSO DE ZÚÑIGA)

Anochece; el sol parece que va recostándose para dormir el sueño de vigoroso obrero, sobre el horizonte que cual inmenso tálamo, le recibe con cariñosa mirada; desde allí despliega la gasa azul que, recamada de mil variados astros, aparece sugestiva á los ojos del hombre, quedando en majestuosa soledad blanqueada por la luz divina de la luna; miles de obreros se dirigen á sus casas abandonando los centros fabriles, y guiados por el lábaro de la santa pobreza; las densas humaredas de altísimas chimeneas van debilitándose á medida que besan los espacios del firmamente; las carretas de bueyes guiados por campesinos bascongados vanse retirando entre el estridente ruido de sus ruedas y el rítmico aire, delicioso sonsonete del cantar de las montañas; numerosos rebaños de animales de variadas especies son guiados por rústico guardián que los conduce al caserío; aquel esmalte multicolor que producian los fulgores de la luz sobre los verdes follajes de los árboles, sombrea cual rostro virginal orlado por negra mantilla; huyen las pájaros á sus escondrijos piando los últimos gorgoros como para cantar la triunfal entrada de la noche que se acerca; hasta las plantas y arbustos parece que se inclinan unas sobre otras para pasar en amoroso coloquio que imponen el silencio de las tinieblas; los habitantes de nuestros vetustos caseríos terminan sus habituales tareas y se preparan al rezo de sentidas plegarias; allá lejos... oyesse el tañido debil de las campanadas de la Iglesia nuestra madre, que parece recogerlos cual el are á sus polluelos; en la soledad del valle su voz llama elo-

cuentemente al campesino euskalduna; él responde con el enjugar del sudor de la frente que durante el día ha regado el día el bendito suelo de nuestra noble Euskaria; abandona sus trabajos y dirígese al seno de su familia honrada para rezar con ella en el habla más puro que de labios ha salido, la oración más encantadora que escuchan á diario las entrañas del hogar euskalduna, coro precioso, entrecortado con frecuencia por los soñolientos lloriqueos de los niños del viejo *baserri*: el Angelus.

A medida que las campanadas con su corto sonar, van terminando, el reposo, la tranquilidad más plácida va enseñoreándose de los montes, senderos y contornos todos; y únicamente se advierte el concierto fascinador de la naturaleza, con el susurrar de la hoja en los jarales y el murmurio del agua en las regatas; el deslizarse de los rios y el rumor de los cañaverales, secundando poéticamente las preces que el hombre eleva á Dios. Es la hora de la oración, En algunas aldeas los grupos numerosos se congregan bajo seculares encinas. Todo es respeto, sencillez y dicha, verdaderamente envidiable!.....

Era una apacible tarde de primavera: mientras en los caseríos de la montaña habían paralizado los rudos trabajos del día al toque de la mágica campana, un feliz matrimonio, humilde como la violeta y cristiano á la usanza antigua, continuaba en las labores del campo. La típica pareja apenas se acordaba de la hora del Angelus; sus encanecidas cabezas eran la veneración del resto de su familia; sus frentes, parecían estar envueltas en aureola de continuo bienestar; sus rostros hermoseados por resplandores de amor á su tierra; su espíritu saturado del ambiente Foral; su vida transcurrida dentro de las saludables costumbres euskaldunas. Y cuando ya se aprestaban á retirarse de sus fatigas, se les presenta de súbito, una como inmensa nube azul envuelta en luces de electricidad y vapor que cual satélite divino fué evaporándose en los espacios, donde surgió un ángel de inmensas alas blancas como de nítido cisne; adornaban su vestidura sedosas melenas rubias que en ensortijadas trenzas ceñían sus espaldas, sus lábios entreabiertos comunicaban á su semblante una delicadeza sobrenatural; su piel era rosada y fina y lucientes sus ojos; apenas podía compararse con nada de este mundo; apenas el genio más grande de la inspiración podría imitarlo sobre el lienzo ni sobre el mármol.

Ante un cuadro tal, los pobres viejos estaban atónitos, estupefactos, dominados por la mayor extrañeza, propia de aquellas almas can-

dorosas. Pero pronto comprendiólo el ángel y dirigiéndose con celestial dulzura les pregunta: ¿de dónde sois? ¿cuál es vuestra patria? ¿teméis algo por ventura? ¿vuestros lívidos rostros temen acaso mi presencia? No temais, siervos de Dios, porque soy su mensajero; emisorio de las regiones etéreas; dueño de los aires y señor de los espacios. Esta Euskaria, rodeada de rugientes mares, recibe el soplo del Creador y por su mandato voy á desplegar la tapizada alfombra de bendiciones sin cuento; el solar de las costumbres patriarcales que tan gloriosamente defendió la bandera de la independendencia nacional, que por tantos siglos conservó el monumento foral; que dió de sus entrañas hombres como Churruca, Oquendo é Ignacio de Loyola; que mantuvo aquellas inolvidables Juntas Forales que declararon jurar el dogma de la Inmaculada Concepción: esa Euskaria es en el cielo predilecta.

Pero decidme: ¿noteneis hijos que os ayuden en vuestras fatigas, ni compañeros que os sirvan de lenitivo?—¡Ah!.... El ser más querido de nuestro corazón; el ser á quien mimaban los amorosos arrullos de sus padres, aquél báculo sobre el que se apoyaba nuestra ancianidad ha marchado....., lo han llevado.

Y al terminar estas palabras, aquel anciano lanzó un suspiro del dolor y entre sollozos en que aparecía el relieve tristísimo de su pena, decía: No se qué es de sus costumbres, de su vida; no sé qué será de aquél amor que profesaba á las instituciones bascongadas; acaso le hayan sido estafadas las dotes que orlan la diadema de todo hijo de este país; ¡Pobre Ramoncho!, ¡Ah!, Ramoncho se llamaba el que era nuestra vida, nuestro ser, nuestro todo. ¡Pobre Ramoncho!..... y rompió en nuevos sollozos.

—No quiero que amargues los últimos días de tu vida—le interrumpió el ángel—¡anciano venerable! y añadió: es tan noble tu país, tan cristiano y tan lleno de gloriosos hechos, que besando los dinteles del trono del Creador, haré que ese vuestro querido hijo vuelva al regazo amoroso de sus padres, que la felicidad de Euskaria sea una en todos los espíritus, que una paz interminable reine en las familias, y que no solo vuestro hijo, sino todos los nacidos en este predilecto país, se conserven dentro de él, con sus tradiciones, costumbres, legislación y democracia foral. Para ello, es indispensable la unión sincera de todos los bascongados.

Dicho esto desapareció el ángel que tan grato recuerdo dejó en

aquel matrimonio, que corrió á reunirse con todos los campesinos que juntos habían de rezar el Angelus.

Bajo aquellas añosas encinas repercuten los acentos y siseos que produce el orar de la inefable plegaria. Terminado el acto, todos se retiran á sus hogares. Al llegar al suyo el privilegiado matrimonio, cuenta el anciano padre á sus nietezuelos la escena ocurrida y el cuadro tan ideal que á sus ojos se presentó con la aparición del Angel; y á este cuento sigue un cariñoso abrazo que fué la bendición paternal del descanso de la noche.

Nadie corre por las montañas. El silencio reina en todas partes. Nada se siente. Todos los aldeanos y campesinos duermen como medidos al arrullo de las purísimas aguas de sus rios. Las montañas de Euskaria con sus hijos, reciben las bendiciones del Eterno.

ADRIÁN DE LOYARTE.

KONSEJARI ON BAT

—¿Baña zer ari zera
 orla malluketan,
 burua ipintzeko
 dana odoletan?
 Emen ari naiz kolpe
 eta zulaketan,
 ia igarkizun au
 somututzen detan
 —¡Ken zazu mallu ori
 lapiko chorua!
 —Nola esan diraten
 dalasegurua
 buru dana puskatu
 eta beriala,
 igarkizun charrenak
 somatzen dirala,

bada orren merio
 jarri naiz ni setan,
 burua puskatu ta
 somatutzen detan,
 bestela ez niteke
 kontura erori.
 —¡A lukainka! somatzen
 ¿ezdakizu ori?
 Eguin zaite urrengo
 lumeruen jabe
 ta an azalduko da
 buru auste gabe;
 guero nai bazenduke
 epaia bigaldu
 asko jakiñen fama
 orla eziñ galdu.

V. IRAOLA.
